



Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe
www.virgendeguadalupe.org.mx

Homilía pronunciada por **Mons. Lic. Salvador Martínez Ávila**, Vicario Episcopal de Guadalupe, Rector de la Basílica de Santa María de Guadalupe y Presidente del Cabildo, en el XXXIII Domingo Ordinario.

18 de noviembre de 2018

Queridos hermanos y hermanas. Es algo fundamental de nuestra fe la aspiración a la vida eterna. Así nos lo ha prometido y lo ha atestiguado nuestro Señor Jesucristo, que murió en la cruz, pero se manifestó después resucitado y vivo para siempre.

En efecto, en la última cena le dijo a sus discípulos: "en la casa de mi Padre hay muchas habitaciones, voy a prepararles una". Pero yo quisiera que nos preguntáramos: ¿A quién de nosotros nos gustaría vivir para siempre en un mundo lleno de agresividad, lleno de chismes, lleno de problemas? ¿Agresividad para siempre? ¿Chismes para siempre? ¿Problemas para siempre?

Qué bueno que nos morimos, ¿no? A quienes ha tocado providencialmente en esta vida nacer en una familia con recursos materiales, sociales, abundantes, no es raro que busquen la manera de permanecer lo más posible aquí.

Por la ciencia y la tecnología se inventen los caminos para alargar la vida con buena calidad y disfrutando de las cosas que se poseen. Pero para quién providencialmente han nacido en medio de un mundo lleno de carencias materiales, sociales, este mundo le es ingrato y agresivo, fuente de sufrimientos y frustraciones.

Es lógico que busquen la manera de salir cuanto antes. O bien, que aspire a que haya un cambio radical, a que suceda algo y que eso cambie la circunstancia en que nos encontramos.

Precisamente por este motivo, ya desde los profetas del Antiguo Testamento, como lo vimos en el profeta Daniel en la primera lectura, al hablar la Palabra de Dios del fin de los tiempos, siempre se ha dedicado una primera parte de la descripción del fin de los tiempos, para hablar de la "restitución del orden, la restitución de la justicia".

El discurso que escuchamos hoy en labios de nuestro Señor, nos habla de grandes cataclismos. Es decir, de grandes cambios, de la interrupción definitiva del mundo confortable del que gozan unos cuantos, para dar paso a la intervención poderosa y justiciera de Dios. El momento exacto, no lo sabemos. Hay signos, pero es importante vivir atentos.

A nadie le apetece vivir para siempre en un mundo lleno de arbitrariedades. Entonces Dios pone un hasta aquí a los arbitrarios y a su desorden que se ha establecido en la sociedad.

Por supuesto que el llamado que nos hace el Señor, es a decidir en nuestra mente, en nuestro corazón, en nuestras obras, a formar parte del nuevo y definitivo orden. Sería absurdo pensar que llegaré a la vida eterna y llena de felicidad si yo mismo elijo por costumbre ser una persona arbitraria, injusta, individualista y agresiva.

El Señor espera de mí y de cada uno de nosotros, un estilo de vida lleno de sabiduría, en donde la práctica cotidiana, las costumbres cotidianas, son la solidaridad, el servicio mutuo y el respeto.

Por este motivo hermanos y hermanas, este domingo que se nos anuncian grandes desgracias en el cosmos, será motivo de tristeza y preocupación si nosotros estamos demasiado acomodados en este mundo. Pero será motivo de alegría y confianza si en verdad aspiramos a la vida eterna.

¡Ánimo nos dice el Señor! Porque su venida y el juicio de este mundo ya están cerca.

Alabado sea Jesucristo.